

El primer grado de la humildad, la humildad de la inteligencia, es una necesidad inevitable, aun cuando se niegue uno á practicarla con la palabra, porque la fragilidad personal obliga ya á cada uno á rendirle testimonio con sus obras. Pero la humildad como virtud se encuentra únicamente en el segundo grado, es decir, en la humildad de corazón.

El solo hecho de reconocer uno su fragilidad personal, no constituye una virtud. Sin duda que la verdadera virtud supone el conocimiento de la verdad, pero no se encuentra únicamente en este conocimiento. Preciso es que se le unan la voluntad y la acción. Así, pues, para que la humildad llegue á ser virtud, es necesario que la voluntad abarque este conocimiento de la propia nada por amor á Dios. Después, satisfecha de este estado de pobreza interior, no debe buscar apariencias externas, ni exigir interiormente por parte de los demás sentimientos que estén en desacuerdo con la verdad interior. ⁽¹⁾

Para resumir brevemente lo que es la humildad, podemos decir: La humildad comprende dos cosas. Desde luego, el conocimiento de la verdad que afirma que el hombre no es gran cosa, y por sí solo, nada; y luego, la voluntad sincera de no querer pasar por más de lo que uno es en realidad, en términos más exactos, por más de aquello para lo cual Dios le ha hecho y á lo cual le destina, y aun, si así lo exige, á pasar por menos de lo que uno es en realidad.

12. Humildad y perfección.—Sólo entonces comprendemos por qué la humildad es la condición primera é indispensable de la verdadera virtud y de la perfección. Parecer y ser son términos siempre opuestos, como el agua y el fuego. Por eso el orgullo es un obstáculo insuperable. El que cultiva las apariencias y aspira á distinguirse á los ojos de los hombres, ha renunciado de antemano á la verdadera virtud. Para poseer el ser y la verdad, preciso es renunciar á toda apariencia. Para comprender lo que son

(1) Bernard., *Cant. cant.*, 42, 6 y sig.

la virtud y la perfección, preciso es comprender ante todo lo que es la humildad y haber aprendido prácticamente á conocerla.

Pero esto no basta. Para hablar con exactitud, la humildad debe contener en sí misma los esfuerzos para llegar á la virtud y á la perfección, absolutamente como la pobreza honrada entraña el deseo de usar de sus fuerzas, por lo menos para no convertirse en carga de los demás. El que no se avergüenza de confesar humildemente su pobreza, vese obligado, por ello mismo, á hacer lo posible para mejorar su situación. Porque sólo en el caso de que la pobreza no sea un castigo de la pereza, sino un estado voluntario, deja de ser una vergüenza. Del mismo modo, la humildad no es humildad y virtud sino en el caso de que no degenera en pereza ó en pecado á costa de extraña actividad, sino que sea un estímulo poderoso de mejoramiento y de perfección.

Allí donde faltan los esfuerzos para llegar á la perfección, tampoco hay humildad. Lo que entonces parece ser humildad, no sólo no es virtud, sino repugnante bajeza. Cuando uno descubre esta falsa humildad, sabe al punto á qué atenerse, y obra como cuando se halla en presencia de un mendigo que se complace en su pobreza para no trabajar y vivir á expensas de otros. En efecto, esa falsa humildad arrebatá á la verdadera el respeto que en tan alto grado le es debido.

Los verdaderos pobres que hacen cuanto pueden para ganarse la vida, son tan dignos de estima como de compasión; y precisamente porque trabajan y desean trabajar, hacen respetable su pobreza. Así, los esfuerzos para llegar á la perfección están tan esencialmente unidos á la humildad, que podemos considerarlos como nota cierta de la verdadera humildad.

Pero en realidad, sin humildad, no se hallan jamás en parte alguna esfuerzos sinceros para llegar á la perfección, como tampoco puede uno lisonjearse de la esperanza de alcanzarla. Así también, jamás se halla verdadera humil-

dad si faltan los esfuerzos constantes y sinceros para llegar á la perfección.

Cese, pues, el mundo de despreciar la humildad de una vez para siempre; antes bien, aprenda á conocer cuán humano es el camino que conduce á la perfección sobrenatural, y, en el fondo, cuán fácil es, por no decir natural, la elección del mismo.

Por sublimes y elevados que sean los fines que la fe indica á nuestro espíritu, la vía que á ellos nos conduce, á saber, la confesión de nuestra propia miseria, está perfectamente adaptada á nuestra debilidad. Todos, sin duda alguna, podemos humillarnos. Mas cuando se ha hecho esto, hase hecho lo más difícil. ⁽¹⁾

¿No puedes trabajar? Puedes humillarte. ¿No puedes ayunar? Puedes humillarte. ¿Careces de lágrimas para llorar tus pecados? Puedes humillarte. ¿No puedes orar? Puedes humillarte. ¿Es frío tu corazón y poco accesible á la caridad? Puedes humillarte.

Humíllate, pues, ante la sabiduría, la omnipotencia y la santidad de Dios,—y ciertamente no es una vergüenza humillarse ante ellas—y estarás en buen camino para corregirte, para llegar á la perfección y al reino de Dios.

(1) Dorotheus, *Doctr.*, 2.

APÉNDICE

EL PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

1. Producción inquietante en materias de obras ascéticas.—La queja del sabio: «No hay límite en la multiplicación de los libros», ⁽¹⁾ aplícase, no sólo á las obras de filosofía moral, sino á toda suerte de escritos ascéticos.

Bajo ciertos aspectos, el espectáculo es regenerador, por cuanto prueba que es considerable la necesidad de instruirse en las cosas espirituales, y que, en los negocios del alma, la dirección ocupa un puesto distinguido.

Pero, desde otros puntos de vista, produce una especie de tristeza, porque bien puede decirse que hay necesidad de restringir mucho el número de las obras verdaderamente serias de esta especie, pues, de lo contrario, no se reclamarían siempre otras nuevas.

Sea de ello lo que se quiera, una cosa hay cierta, y es que la oferta supera de mucho á la demanda, y que, desde este simple punto de vista, prodúcese una baja en el valor de los productos indicados.

En presencia de este hecho, nos atrevemos á rogar á los que tienen autoridad para ello que vigilen severamente la literatura ascética ⁽²⁾ en bien de la verdad, á fin de fomentar la sana piedad y conservar el honor del nombre cristiano.

2. Diversas tendencias en el mundo de la ascética.—Pero, al hablar así, no queremos perjudicar la libertad ajena, ni predicar un rigorismo falso y un puritanismo dañino.

(1) Eccli., XII, 12.

(2) Véase más arriba, III, 3.